

Este relato mantiene el tono irónico del primero y apela a las situaciones disparatadas, extremas. El gran hombre se ve ridiculizado como persona. La máscara de vigoroso activista político y la máscara de gran amante y héroe escolar son retiradas para mostrarnos el verdadero rostro egoísta del personaje.

Tomando esto último como punto de partida podríamos señalar que el “demonio” de estos relatos es la infidelidad hacia los amigos. El gran personaje sería, entonces, la amistad; la de esos dos primos que intentan redimir una enemistad ancestral, la de esas viejitas que aunque renieguen una de la otra siguen juntas, la de ese tímido y debilucho muchacho que intenta reconstruir una amistad infantil y tropieza con los intereses personales del “gran hombre”... el mundo de la narrativa de Bryce es uno de simas y cimas y, por lo tanto, se instituye como uno de los intentos más sinceros y balanceados por rendir cuenta de las grandezas y miserias de los seres humanos indefensos ante la emoción, el sentimiento, la belleza.

Carlos Manuel Arámbulo

PIMENTEL, Jorge. *Tromba de agosto*. Lima, Lluvia Editores, 1992. 161 p. (Prólogo de Pablo Guevara).

Resulta innegable que la historia de los libros de poesía peruana sea casi por lo general bastante azarosa. *Tromba de agosto*, el último libro de Jorge Pimentel, se incorpora con creces a esta ya honrosa tradición gracias a un enojoso ramillete de situaciones límite, se diría lindantes a la mejor tragicomedia. En efecto, grandes paréntesis en las fases de redacción –¿y corrección?–, diversas demoras editoriales –según se desprende de declaraciones efectuadas hacia comienzos del año 1990 por el propio Pimentel¹– y hasta una penosa enfermedad que recluyó al autor en una especie de involuntario exilio interno², son, pues, los motivos por los que la entrega de *Tromba de agosto* al raleado mercado nacional hubo de retrasarse en más de una oportunidad.

Tromba de agosto empezó a escribirse el año 1975 “caminando por todo Lima a pie”, según reza Pimentel en la página final de la edición, insistiendo, una vez más, en aquel viejo pregón dirfase institucionalizado por los miembros de Hora Zero: ese que enfatizaba en la filiación callejera, coloquial, cotidiana y populista del poema. Pero, ¿por qué razón Pimentel, indiscutido líder horazeriano, vuelve a enarbolar las antiguas pancartas de los setentas? ¿Ignora acaso que la poesía se encuentra inmersa en un presuroso cambio de ritmo?

¹ Cf. el espacio Pluma de carne, diario *Página Libre*, martes 17 de abril de 1990.

² Cf. la reseña “En torno a *Tromba de agosto*”, s/a. *El Comercio*, Sección “C”, Domingo 9 de febrero de 1992.

Fuera de tales inquisiciones, Pimentel confirma, sin embargo, a lo largo de todo el libro, ser plenamente consciente del peligro de repetirse y nos entrega un conjunto de poemas que ostenta como principal presupuesto técnico adscribirse a un verso tríflico reformulado. Pimentel se ha prestado de Vallejo, no le ha arrebatado nada.

En efecto, las atmósferas tríflicas pueden estar presentes en todos los poemas y a la vez no estarlo, tienen la capacidad de difuminarse tan rápido como hayan aparecido y no ejercen el antipático rol de intentar controlarlo todo. Pimentel se ha inventado, pues, un método de encarar el verso tríflico: corromperlo de raíz, destruir su élan estético, formar enumeraciones caóticas reiterativas y frecuentes y, en fin, arrojar por la borda cualquier tipo de reglamentación lingüística incorporando una amplia gama de recursos que pueden ir desde el opíparo neologismo de asentamiento hasta el arcaísmo de sonido colonial. Los poemas "Aconchusumadramiento" y "Súplica" son sólo un pequeño muestrario de las intenciones pimentelianas por alcanzar un verso se diría reñido a su anterior praxis poética, en la que el argumento prosaico (que ya había empezado a ceder en *Palomino*³) detentaba ribetes de fundamento.

Definitivamente existe un cambio en la actitud escritural de Pimentel, aunque no se pueda decir lo mismo de su visión de universo. Su relación con el contexto, pese a la ayuda brindada en el prólogo por Pablo Guevara⁴, parece haber quedado inevitablemente suspendida en el pasado: por un lado, un lenguaje que propone ciertas audacias y, por otro, un temario agobiado por la idea unívoca de la redención social, monotema tan propio de la mayoría de miembros de Hora Zero. Todo ello no hace sino contribuir a que la temática (y el lenguaje) de Pimentel continúe(n) siendo renuente(s) a los parámetros básicos de una modernización que ya ha tocado las puertas de cuanto escritor desee sobrevivir en el proceso de la renovación de formas. Sin embargo, se hace necesario advertir que *Tromba de agosto* posee un lenguaje amable a la sensibilidad de los setentas debido a que ha sido escrito casi en su integridad durante tal época y se inserta, junto al también recientemente publicado *Monte de goce* de Verástegui, en la dignísima categoría de los rescates, más que en la de las novedades.

Enrique Hulerig Villegas

³ Cf. el artículo de Carlos Henderson, "Cuando la poesía dice la ira". *La República*, 27 de noviembre de 1983.

⁴ Cf. el prólogo de Pablo Guevara a *Tromba de agosto*. Allí dice: "... Pimentel excede nuestras expectativas: es un autor [...] trabajando a la vez con el texto, el contexto y el subtexto", p. 21.